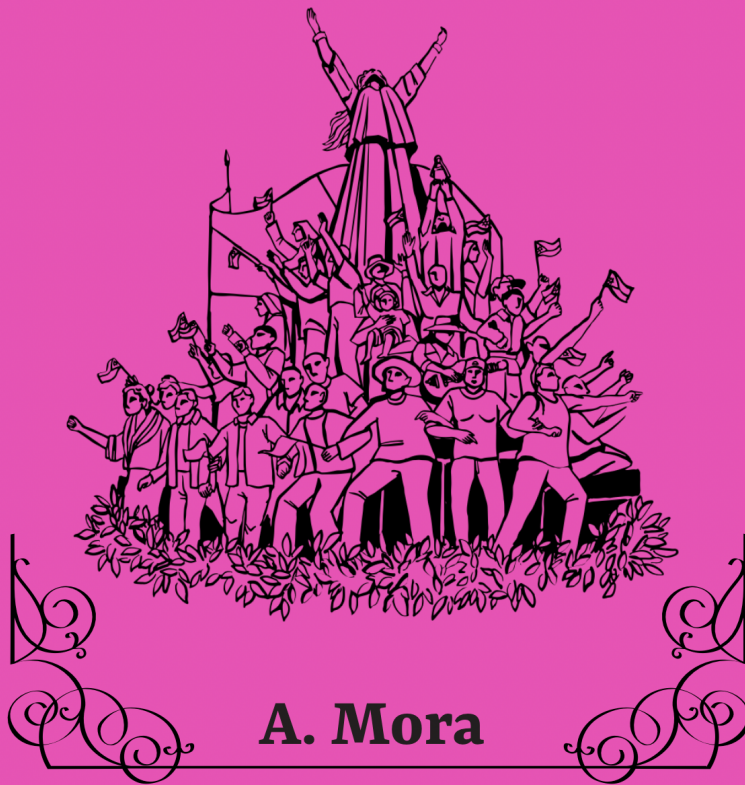


Trovadores Centenario

Al Mora

# TROVADORES CENTENARIO



**A. Mora**

# Capítulo 1

## Dolores del hacendado

Las historias de enuentros y momentos inexplicables datan de muchos años antes de nuestras eras, lo suficientemente lejanos como para ser rumores o chismes; desde viejos tiempos las leyendas de desalmadas bestias, almas atormentadas y agresivos espíritus errantes se unían con el miedo, el sentimiento más antiguo y profundo...

«La Muerte nunca es el último paso, pues hay personas que nunca se hacen a la idea de que murieron».

«Las deudas sin saldar son la condena más injusta para un alma».

«El miedo y el mal siempre han sido buenos amigos, aunque nunca se hayan conocido».

Veracruz, 12 de septiembre de 1862.

En la gran casa de una joven hacienda en el centro sur del estado, y bajo una gran tormenta que azotaba la fría noche, una mujer acababa de dar a luz a un niño. El nacimiento fue acompañado por aullidos de lobos, relinchos y mugidos resonantes en la lóbreguez del bosque.

—¡Acá se metió, por aquí!

—¡Jálate tu machete, Joaquín! ¡Se nos va a pelar esa cosa!

Un grupo de campesinos corría entre árboles de Puebla a mitad de la noche con machetes y unas cuantas antorchas. Se movían persiguiendo algo que se desplazaba entre las ramas de los árboles, una criatura grande que liberaba chillidos distorsionados de lechuza.

—¡Pero pégale un pinche tiro, Jorge! ¡Si esa madre se nos va, va a seguir matando a los animales!

—¿Y como madres quieres que le dé, si no te veo ni a ti!?

—¡Hi, jija, jai, ji!

En un momento en el que un hombre alzó su antorcha, aquella criatura fue iluminada mostrando una sonrisa macabra con ojos completamente

negros.

[En un momento en el que un hombre alzó su antorcha, aquella criatura fue iluminada mostrando una sonrisa macabra con ojos completamente negros]

—¡Ahí, dale, dale!

—¡La bala se trabó!

De esa cosa emergieron alas negras que desgarraban su piel, pero en vez de sangre lo que brotaba era una masa negra.

De la boca de aquel hombre que intentó disparar empezó a salir aquella masilla negra, ahogándolo lentamente hasta que se derrumbó.

—¡Y los que me faltan, pinches indios! ¡Ji, jii!

—¡Apa, apa!

Un niño salió de entre los árboles donde se escondía para intentar mover a Jorge, a quien se le iba secando la piel.

¡No lo toques, chamaco! ¡Quíta...!

El rasgueo de una guitarra se colaba entre las personas desde lo profundo del bosque, mismo sonido que quitó la sonrisa de la criatura que escapaba.

—¡Esas cochinas! —gritó el animal.

Un hombre alto con una camisa blanca, pantalones y botas negras con sombrero y jorongo salió de las tinieblas junto con otro con chaqueta café y el resto negro. Ambos llegaron tocando una hermosa guitarra y tarareando.

—¿Y esos quienes son?!

—¡Dios mío, no vaya a ser otro bicho!

[Todos dejaron de correr, se quedaron congelados dejando que esa cosa siguiese huyendo]

Todos dejaron de correr, se quedaron congelados dejando que esa cosa siguiese huyendo. El hombre de chaqueta se quedó atrás y el alto se paró debajo de la criatura; con agilidad sacó un revólver y con gran puntería le

perforó un ala del tiro.

—¡Argh! ¡Maldito perro! ¡Eres un perro maldecido de esos gritones! ¡Los voy a matar, perros!

La criatura desapareció en la oscuridad pero un zumbido se escuchaba por todos lados acompañados de viento.

—¡Todos ustedes, se me largan! —gritó con voz gruesa a los campesinos.

Emprendieron huida hacia sus casas a modo de estampida, dejando todo atrás.

—¡Pero ayúdenme a llevar a mi papá! —gritó el niño arrastrando al podrido cadaver.

—¡Oigan, llévense al niño! ¡Oigan!

Nadie regresó por él. De las penumbras se disparó una sombra al niño, era aquella cosa. Cuando aquel hombre quiso correr ya era tarde, tenía enterrados sus dedos en el cuello del niño, quien no pasaba de 10 años. La mitad de la sangre se veía como pasaba por sus negros dedos y la otra mitad caía al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó el de atrás sacando el revólver.

—¡Con esto no me matas nunca, maldito perro!

Los hombres disparaban, pero la cosa no podía ser alcanzada. Entre sus rápidos vuelos les dejaba cortes, golpes y arañazos.

—¡Hasta aquí llegan, perros de los indios!

Derribó al hombre de atrás y embistió al alto enterrándole las garras en las costillas y levantándolo hasta la copa de un nacaste, en donde quería disfrutar su banquete.

—¿No andabas muy valiente, guitarrero?

—¡A nosotros nos tienes que agarrar las manos, resagada!

El hombre le enterró un cuchillo en el ojo del cual salió vapor.

—¡Argh!

Sacó el revólver y lo posó en la sien de la criatura murmurando un credo.

—Hasta aquí llegaste, bruja corriente.

El disparo reventó la cabeza de la bruja y resonó en todo el bosque; el hombre empezó a caer a medida que la criatura iba volviéndose cenizas, hasta que rebotó del suelo.

Como pudo se arrastró hasta la guitarra y se recostó sacando un cigarro de esta.

—¿Alguna infección? —preguntó el tipo de la chaqueta.

—Solo dos, con odio. Uf... Ah... Ya se nos hizo tarde, compañero...

Los hombres empezaron a tocar en el bosque.

—¿Cómo lo llamará, señora?

¿Ya lo pensaste, Carla?

—Ya, pero su padre es el que quería ponerle el nombre, aunque viendo la noche no creo que regrese pronto... Valentino, Valentino Centenario se llamará.

El bebé fue bautizado como «el valiente que posee la fuerza».

—Ya te dije, compadre, estábamos correteando esa chingadera y llegaron dos cabrones de la nada. A Jorge en paz descanse no lo dejó tirarle, para mi que lo maldijo al pobre.

—Pero, Juan, ¿qué hicieron esos que llegaron?

—Nunca supimos, apenas llegaron nos acosaron, y ganas de discutir era lo que menos se nos antojó, la verdad.

—Mira, allá va Rutilo —señaló el compadre—, él también estaba anoche, ¿verdad?

—Sí, ¡Rutilo, vente pa' acá! Tu también viste a esos cabrones, ¿no?

—¡Ah, sí! Era uno alto de negro con jorongo como los caporales y otro igual de vaquero. Llegaron tocando unas guitarras bien tranquilos, a mi me dieron más miedo que la madre esa que nos mató a los animales.

—¿Ya ves? Nos fuimos corriendo y empezaron a echar tiros, a lo mejor traían balas benditas o no sé. De lo único que me arrepiento es de no haberme traído al chamaco de Jorge, la indiada dijo a correr y no me

dejaron regresar.

—Pero como se nos escapó ese pobre chamaco —dijo Rutilo—, chingada suerte...

—¿No habrán sido de la iglesia los cantores esos? —preguntó el compadre.

—Nombre, si le pegaron unos tiros al demonio ese, ni cruces les vi —respondió Juan.

—Oigan pues, ¿no serán esos los trovadores? —mencionó el compadre.

—No me chingues —dijo sorprendido Rutilo.

—¿Cómo por qué, Rutilo? —preguntó Juan—. ¿Sabes que es eso?

—Pues es que esos cabrones eran pura leyenda de los indios, eso me contó una vez mi abuela que ya ni me acuerdo.

—¿Pero si medio te la sabes?

—Don Lencho su hermano se debe acordar, vamos a ver que pasa.

Los trovadores nacieron después de que los viejos indios descubrieran de lo que era capaz la mezcla correcta de sustancias, pensamientos y sentimientos, después de darse cuenta de que lo que los dioses les mandaron, aparte de servir para el bien, sirvió para el mal; esos indios descubrieron su brujería, porque cuando empezaron a curar a las personas, otros también las hirieron.

Y de entre tanta maldad y resentimiento se creaban las malas energías, y de esas malas energías se crearon los malos hechiceros.

Después de que hacían sus atrocidades, dejaban un rastro en la vida que la hacía inestable, la dejaban desequilibrada, coincidiendo con desgracias de personas, esas energías atrapaban las emociones, las sensaciones y las visiones; se creaba un alma en pena, y alguien tenía que ponerla en un balance.

Y desde esos tiempos salen tocando melodías desde lo más oscuro en donde hay problemas, pero nadie ha conocido a alguno. Algunos dicen que son mensajeros de Dios, otros que eran chamanes que cazaban demonios, lo único que se sabe es que así como esos trovadores llegan, se van.

26 de marzo de 1877.

—¡1, 2 y... 3!

—¡Suéltelo!

Unos jóvenes abrieron un corral del cual saltó un niño montando un enorme jabalí que corría por todo el encerrado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Recio, chamaco!

—¡No te sueltes, ya se va a cansar!

—Mira a esos chicos, hasta que no se medio mate uno no van a parar  
—le dijo un vaquero a un viejo sentado.

—¡Ja, ja! Hasta crees, ese muchacho está más agarrado que el presidente.

—¡Agárrate, agárrate!

El jabalí saltó y chocó con el encerrado derribando al chico y huyendo.

—¡Ya lo tiró! Ja, ja, ja.

—¿Estás bien, Vale?

—¡Hizo trampa ese cochino! Todavía me faltaba para cansarlo.

—¡Valentino! —gritó la madre—. ¿Por qué andas ensuciándote? Ya andas trayendo para acá a tus hermanos para que al rato se lastimen por tu culpa.

—Ya están grandes también, ma. ¡Ya aguantan!

—¡Nada, órenle, para acá!

—Déjalos un rato, Carla. Nada más se distrajeron un rato, ya hasta hicieron sus quehaceres para andar aquí.

—Don Diego, pues si pero Valentino ya está grande, ¿qué tal que a los otros dos más chicos les pasa algo?

—Pues así aprenden, de todas maneras aquí los estábamos viendo Manuel y yo.

—Bueno, entonces. ¡Métanse, rápido!

Carla se metió con los tres niños atrás de la hacienda.

—Hasta usted salió regañado, Don Diego. Ja, ja, ja.

—Imagínate como le ira al otro entonces.

—¡Regresó Don Horacio! —gritó uno de los mozos.

—¡Ya regresó mi apa! Vamos a verlo.

—Nos van a volver a regañar, Vale.

—Pero esta vez no nos van a ver, Rodrigo.

Los tres hermanos, Valentino, Rodrigo y Horacio se escabulleron de un ventanal de la cocina para ir a recibir a los caballos en la entrada.

—¡Papá! —dijo es más chico.

Horacio Centenario había llegado con uno de sus hermanos y dos vaqueros más. Entró apagando un cigarro y rascando su gran bigote.

—Le ganaron a su madre, ¿eh? Gracias por recibirme. ¿Cuidaste el rancho, Valentino?

—Pues es que mi abuelo no me dejó mandar a la gente.

—¡Ja, ja, ja! Pero cuando le vas a quitar la batuta al viejo.

—¡Hm! Te estoy oyendo, cabron.

—¡Horacio! —gritó Carla.

—Carla, mi amor. ¿Cómo les fue?

—Ya sabes que aquí todo va normal. Esta vez demoraron más, ¿todo está bien?

Horacio se estremeció cuando fue abrazado, y Carla ante esta reacción levantó su chaqueta, en donde encontró grandes garras marcadas en su espalda.

—¿Es muy malo?

—Luego hablamos de eso.



—¿Qué pasó? —preguntó Rodrigo.

—Nada mijos, me caí del caballo y llegué medio mal. ¡Pero mejor entremos, que me muero de hambre!

Después de esa agradable convivencia familiar, al final de la cena todos se dispersaron a sus ocios y quehaceres, menos Horacio, quien habló con su hermano a su padre y Carla en la sala de la hacienda.

—¿Ya nos vas a decir que te pasó, Horacio? ¡Por Dios!

—Estábamos en los bosques de Allende, en Guanajuato. Nos habían llamado los señores de León y los campesinos de las afueras por una nube negra que mataba lo que encontrara —respondió Augusto.

—¿Un Dtundtuncan?

—Ojalá hubiera sido eso, padre —respondió Horacio—. Me temo que ya no tenemos nada que hacer...

Horacio se quitó la camisa mostrando su espalda a todos, quienes se quedaron congelados.

—¡¿Pero cómo te hiciste eso?! ¡¿Qué es?!

—Ay, hijo, no me digas eso... —dijo Don Diego angustiado.

—Así es, apa, ese lo alcanzó.

—¡Pero díganme que tiene mi marido, joder!

—Carla, esa es la marca del charro negro, de ese ni los indios teopixques han podido tocarlo.

—A mi ya me marcó, amor, solo podemos esperar a que venga.

—No... ¡No! ¡¿Por qué no lo cuidaste, cabron?! —gritó jalando la camisa de Augusto.

—La culpa fue mía, nos cayó de sorpresa...

La marca era una cicatriz de cuatro garras con orillas negras quemadas y el interior brillaba con un morado rojizo que atravesaban su espalda y mostraba levemente las costillas y pulmones.

—¿Entonces no podemos hacer nada?

—Solo... solo voy a ver a los niños.

Horacio reunió a los mozos avisando que había contraído tuberculosis, y era muy delicada. Después se acercó solo al cuarto de los niños.

—¿Cómo están, chicuelos?

—¡Apa, no quiero que te mueras! —gritó el pequeño Horacio.

—¿Quién les dijo eso? Yo no me voy a morir, isi estoy más fuerte que un toro!

Horacio cargó a los tres niños apretando los dientes y resaltando sus venas de como contenía el insoportable dolor.

—Valentino, ¿no quieres hablar afuera?

—¿Qué pasó, pa? ¿De verdad estás tan mal?

—Hijo, me voy a morir.

—¿Pero, por qué?! ¡Yo no quiero que te vayas! —gritó llorando abrazándolo.

—Tienes que ser fuerte, de aquí en adelante vas a crecer y convertirte en un hombre, en uno en el que las personas vean valor y nobleza, debes ser lo suficientemente fuerte como para proteger a tu mamá, a tus hermanos, a todos, ese es un hombre de verdad.

Horacio se quitó el revólver y el sombrero y se los entregó al niño lleno de mocos y llanto.

—¡Ngh!

—¿Qué pasó?! ¡¿Te duele, apa?!

—Si... ese cabron disfruta hacer esto...

—¿Pero por qué?! ¡¿Quién haría algo tan malo?!

—¡Yo!

Los animales recibieron una descarga de terror, se escondieron y empezaron a aullar, del portal de la hacienda salió un destello rojizo cegador que hizo temblar todo y a todos.

—¡Cuanto tiempo, Horacio Centenario! ¡Parece que fue hace unos días que

nos encontramos! —pronunció una gruesa voz.

De aquella luz solo se encontraba un jinete con chaqueta, pantalones y sombrero negro con bordados y espuelas de oro y plata. Su cara era un hueco negro, pero era visible una brillante dentadura sin piel... Montando un enorme caballo prieto azabache con ojos rojos que exhalaba vapor y fuego se acercó al hombre y su hijo.

—¡Hasta que vengo a la hermosa hacienda Centenario! ¡Que bárbaro que no hayas invitado a tu gran amigo!

—¡Ya te dije lo que tienes que hacer, Valentino! ¡Acuérdate que nunca vas a estar solo, aunque parezca que todo se derrumbe yo voy a estar contigo!

—¿Desde cuando eres tan sentimental, Centenario? ¡Ja, ja, ja, ja!

El jinete sacó un rifle de oro con su mano derecha y un látigo con la izquierda.

—Hijo... no mires, por favor

El rifle fue disparado en la espalda de Horacio, la cual reventó de sangre, y con el látigo lo agarró de la cintura para comenzar a arrastrarlo.

—¡Horacio, Horacio! —gritó Don Diego—. ¡Augusto, dispara!

La bala de Augusto lo atravesó y se clavó en el muro del portón, el tiro había fallado.

—¡Qué manera de tratar a tus invitados, mi Diego! ¡Luego nos volvemos a ver, Augusto!

—¡De... Deja a mi pa... padre!

Valentino quiso disparar, pero el peso del revólver lo tiro, cayó desmayado y se mostró que se había orinado del susto.

Con una risa burlona punzó al caballo y comenzó a galopar arrastrando a Horacio a la luz oscura.

—¡Salió igual de bravo que el padre, ja! ¡Ni modo, negocios son negocios, mi Horacio!

El charro desapareció, y de ahí solo quedaron marcas de fuego, con la familia Centenario en silencio.

*Capitulo 1. Fin*